

LENGUA, CULTURA E IDENTIDAD DE (TODOS) LOS CATALANES: ENSAYOS DE JOAN FUSTER (1962-1975)

Durante la dictadura del general Franco, el escritor Joan Fuster dedica una parte sustancial de su abundante labor ensayística a la reflexión sobre la lengua, cultura e identidad histórica de los catalanes, y lo hace en términos muy alejados de la ortodoxia política e ideológica imperante en España, aunque asimismo críticos con la andadura histórica del catalanismo. Desde principios de los años sesenta Fuster deja claro que el género del ensayo puede ofrecer cauces de libertad de expresión, y también que, pese al régimen dictatorial y sus designios, la cuestión de la identidad nacional dista mucho de haber quedado zanjada por la guerra civil y su resultado, se perfila como una de las grandes inquietudes de la época y es susceptible de recibir lecturas dispares. En la actualidad, el pulso entre los nacionalismos catalán y español, en un contexto de honda crisis general –social, económica, política, institucional–, parece otorgar nueva actualidad al discurso de Fuster y subrayar la necesidad de dar un marco amplio para la comprensión de las lenguas, culturas e identidades del mundo hispánico.

Palabras clave: Joan Fuster, ensayismo, identidad lingüística, identidad cultural, identidad histórica, identidad nacional

1. Introducción

Durante la dictadura de Franco, en el ámbito de la lengua catalana se produce una renovación intelectual respecto al período anterior que incluye una vertiente de reflexión nacional. Entre los elementos novedosos más destacados de esta última sobresaldrían tres: la perspectiva histórica de España y Cataluña promovida por el historiador Jaume Vicens Vives y sus discípulos; la meditación en torno a la inmigración y la nueva pluralidad cultural y lingüística del pueblo catalán, llevada a cabo por Fran-

1 robrod_es@yahoo.es / robrod_es@tutors.eap.gr

cisco Candel; y el ensayismo del escritor Joan Fuster i Ortells (1922-1992), que recibe el estímulo del primero y amplía la pluralidad de la visión de la catalanidad del segundo (Colomer 1984: 167).

Joan Fuster nace en Sueca, una pequeña localidad valenciana en que vivirá hasta el final de sus días. Al término de la guerra civil, en que no participa, estudia Derecho en la Universidad de Valencia pero opta por dedicarse en exclusiva a su pasión literaria, que cultiva tanto en catalán como en castellano, al tiempo que realiza un viraje ideológico que lo lleva del españolismo ambiental al catalanismo comprometido. La penuria sociocultural de su entorno, derivada del carácter de la dictadura, pero también de las deficiencias históricas y actuales del catalanismo, impulsan a Fuster a escribir aquello que hubiera deseado leer, pero no existía. Tras una etapa de indagación y reflexión, con importantes intercambios con el exilio catalán en México, la obra capital de ese proceso intelectual fragua a principios de los años 1960².

La preocupación por la cuestión nacional, pero también la precariedad económica que conlleva profesionalizarse como escritor, conducen a Fuster a una producción de artículos considerablemente amplia. Empero, parece resultar innecesaria la total exhaustividad en el tratamiento de su ensayismo de reflexión nacional: las tesis que maneja se reiteran de un escrito al siguiente, sobre todo a partir de *Nosaltres, els valencians*, de 1962, y salpican gran cantidad de escritos suyos de índole muy diversa (Pérez Montaner 1994: 17)³. Aquí nos centramos, pues, en las obras que el conjunto de la crítica especializada señala como las fundamentales de Fuster para el tema que nos ocupa⁴.

A lo largo de toda su trayectoria, los objetivos confesados de este intelectual atento a su función social son dos: primero, hacer tomar conciencia a los valencianos de su identidad colectiva catalana; y segundo, llamar la atención del resto de la comunidad catalana sobre la existencia de estos “otros catalanes”, los valencianos, para contribuir al proceso

2 Para éstos y otros datos biográficos y relacionados con el primer ensayismo de reflexión nacional de Joan Fuster, ver Rodríguez (2011: pássim).

3 Por añadidura, también es frecuente el caso de artículos nunca recopilados y aun no publicados (Blay 1998: 44; Salvador 1994: 19).

4 En relación con la bibliografía especializada, ver Rodríguez (2011: pássim).

de reconstrucción de la conciencia nacional unitaria, pancatalanista. El despliegue de semejante empresa intelectual no puede ser sino gradual, dadas las circunstancias personales de Fuster, que abandona la abogacía para probar suerte como escritor profesional en el contexto de un país deprimido en todos los aspectos y sometido a un régimen dictatorial. Por motivos ya referidos y también de extensión, dejamos de lado las primeras incursiones y el proceso de maduración de Fuster en la reflexión nacional y abordamos las obras clave de esta labor, que aparecen todas casi simultáneamente en el año 1962.

Desde principios de los años 1960, Fuster comienza a propagar entre los representantes del catalanismo cultural barcelonés las mismas ideas que difunde, a través de sus colaboraciones transatlánticas, entre los del exilio mexicano. Esta relación con los núcleos intelectuales de Cataluña lo llevan a participar en los seminarios clandestinos que organizan para la formación nacionalista de jóvenes estudiantes de cualquier parte de los “Países Catalanes”, una denominación que engloba a los diversos ámbitos de lengua y cultura catalanas –principalmente Cataluña, Islas Baleares y Valencia– y que la obstinación de Fuster logra que comience a difundirse (Muñoz 2002: 127-132). En una carta de 1962 dirigida al destacado representante de las letras catalanas Josep Pla, el valenciano confiesa: “no quiero morir sin haber dejado en funcionamiento y en forma en el País Valenciano, unos cuantos equipos de intelectuales y de no intelectuales capaces de remover –o al menos de intentarlo– esta sociedad en perpetua somnolencia digestiva” (cit. en Serna 2004: 69). De esta voluntad surgirán los ensayos de reflexión nacional de los años 1960 (Cahner 1993: 249).

La influencia del historiador Jaume Vicens Vives comienza a hacerse patente. De hecho, es un artículo de 1960 de este último, publicado en la revista catalana *Serra d’Or* y relacionado con los estudios históricos sobre los “Países Catalanes”, lo que mueve a Fuster a escribir una réplica en la misma publicación, “Apunts per a una rèplica a Vicens i Vives”, en un preludio de lo que va a ser su dedicación. En el escrito, Fuster manifiesta su voluntad de contribuir a establecer puentes entre los diversos ámbitos de la cultura y lengua catalanas para que se proceda a la reflexión sistemática sobre la envergadura real del “hecho catalán”. Denuncia la debilidad de la conciencia nacional pancatalanista, tanto en Valencia

como, sobre todo, en el núcleo duro y fundamental que es Cataluña, y lanza su propuesta, que retomará en 1976 en *Un país sense política*:

necesitamos como el pan que nos comemos un manual de historia del conjunto de los Países Catalanes: un libro donde, si más no, se exponga la trayectoria solidaria de nuestro pasado, la dispersión de la *Decadència*, las afinidades y los vínculos que, a pesar de todo, subsistían, y las causas profundas de este movimiento secular del pueblo a medio hacer que somos (Fuster 1995a: 95-96).

La utilidad de una historia política y social global sería doble, científica y política, y el recto conocimiento de la memoria del pasado permitiría enfrentarse a las interpretaciones históricas tergiversadas: las meramente regionales y regionalistas –entre el triunfalismo y el fatalismo frente a las “glorias pasadas”– que yugulan la posibilidad de hacer inteligible la totalidad nacional y sus partes; y las procedentes del nacionalismo español, que omiten o difuminan el pasado valenciano en el contexto de la historia de España, y que son igualmente hostiles a la idea de unos “Países Catalanes”. La interpretación histórica “correcta” haría inteligibles la realidad regional y la nación en que aquella se inserta, propiciaría la toma de conciencia de la identidad nacional colectiva y permitiría que la sociedad se transformara a sí misma en el futuro. La otra gran aportación de este ensayo es que tamaña labor historiográfica implica afrontar un problema intelectual ya apuntado por Vicens Vives y del que Fuster se hace eco: el origen de las reivindicaciones diferenciales y regionalistas de los diversos integrantes de la comunidad nacional catalana radicaría en una “cuestión de nombres” –la confusa pluralidad de nombres empleados para definir la lengua común y las formaciones sociales que configuran la nación–, cuestión que debe ser superada mediante una nomenclatura “que exprese la unidad de la evolución histórica de la comunidad catalana” (Fuster 1995a: 96).

El “diálogo” así entablado con Vicens Vives provoca una polémica y posterior ruptura entre Fuster y los representantes históricos del valencianismo de preguerra civil (Cahner 1993: 251-252) que pone de relieve dos circunstancias: primero, la existencia de un núcleo organizado de opinión sustentador de una interpretación regionalista de la historia de Valencia y, por ello, contrario a las tesis pancatalanistas de Fuster; y segundo,

la necesidad imperiosa de una solución a la “cuestión de nombres” que, según Fuster, envenena el debate y la recta interpretación de la memoria histórica nacional. En este contexto, el escritor valenciano publica en rápida sucesión las obras de una reflexión nacional que ha ido fraguando a lo largo de la década precedente: el estudio erudito *Poetes, moriscos i capellans* y los ensayos “Qüestió de noms” y *Nosaltres, els valencians*.

Los tres ensayos tienen en común los contenidos y las aspiraciones: la tesis de la nación como realidad de base lingüística y del origen de la comunidad lingüística en la historia; la reflexión sobre las causas históricas y recientes por las que tanto el País Valenciano como los “Países Catalanes” se hallan “invertibrados”; el estudio sobre el origen y evolución histórica documentada de la “cuestión de nombres” que afecta tanto a los “Países Catalanes” en conjunto como al País Valenciano en particular; la síntesis interpretativa de la historia regional valenciana en función de su pertenencia a un conjunto nacional superior, para contribuir a hacerlos ambos inteligibles; el objetivo de la regeneración nacional a través de la incitación a que despierte la comunidad nacional al completo, la ampliación del movimiento nacional pancatalanista en el País Valenciano, y el enfrentamiento con el “problema de Valencia”, o sea la “anomalía histórica” de su castellanización multiseccular.

2. Tres ensayos y una guía turística

La reflexión nacional de Fuster se plantea a partir de la exploración erudita del pasado y *Poetes, moriscos i capellans* es una muestra de ello. El estudio en cuestión goza de un nutrido aparato bibliográfico para sustentar el análisis del contexto general en que se despliegan la cultura y las letras en Valencia entre el Medievo y la Edad Moderna, y múltiples digresiones en el cuerpo de la obra ponen de manifiesto su adhesión a las propuestas analíticas del marxismo y a las teórico-metodológicas de la historiografía de Vicens Vives⁵. En suma, la elaboración de una interpretación de la “totalidad” del contexto histórico valenciano en función del

5 Ver por ejemplo las páginas 9-50 y 123-147. Las consideraciones ahí vertidas por Fuster en torno a la historia se mantienen a lo largo del tiempo, como ponen de manifiesto, por ejemplo, *Examen de consciència* (1968a: 29) o “La història, demà” (Fuster 1985c: 24-28).

marco especulativo señalado es lo que permite a Fuster abordar la crítica estrictamente cultural y literaria.

La idea central de *Poetes, moriscos i capellans* es que el siglo XVI marca el inicio de la *Decadència* valenciana, es decir la crisis de la lengua catalana como vehículo de cultura y su substitución por el castellano, primero en los círculos aristocráticos, luego también en los burgueses⁶. Esta crisis incluye un proceso particularista de disgregación nominal de la “lengua valenciana” respecto de la catalana, proceso reforzado por diferencias dialectales debidas a la “contaminación” por elementos lingüísticos ajenos, castellanos y moriscos. El referido “secesionismo idiomático” conduce a la gestación de una “cuestión de nombres” en torno a la denominación de la lengua; en las primeras décadas del siglo XVI, las variantes locales del catalán tienen ya la pretensión de designar entidades lingüísticas separadas, si bien con un origen común en el “le mosín” –de Limoges, en Occitania–. De esta manera se debilita y pierde la conciencia social de unidad del idioma y las relaciones literarias entre Valencia y Barcelona acusan el proceso, al tiempo que se agudiza la castellanización lingüística, cultural y social.

No obstante, la continuidad de la lengua privativa queda garantizada por su uso ininterrumpido en la esfera de la vida privada y en el ámbito de las clases populares, cuya colonización por el castellano sería más lenta y jamás definitiva. Con el tiempo, fraguan otras amenazas: la lengua se convierte en un instrumento del nacionalismo de Estado, sabedor de que, para asimilar a grupos “étnico-sociales” diferentes en su seno, ha de destruir su cohesión interna, y ello comienza por la erradicación de su vehículo de comunicación privativo. La situación de los moriscos con su algarabía preludia la que vivirá la lengua privativa en Valencia ante el acoso asimilista del Estado español, con el agravante de que el proceso es secundado por una parte de la sociedad valenciana en los siglos XVII y XVIII y desplegado en los recursos culturales primarios (escuela y uso documental). Empero, la castellanización voluntaria y la admiración por la lengua ajena corren paralelas a un agudo sentimiento anticastellanista durante toda la Edad Moderna⁷.

6 Posteriormente, en *La Decadència al País Valencià* (1976) Fuster corregirá la localización cronológica del fenómeno, que situará a finales del siglo XV.

7 Fuster volverá sobre esta última idea en otros estudios eruditos, como por ejemplo “Català i castellà entre els valencians de la Il·lustració” (1994: 294-315), centrado en la figura y obra del intelectual Mayans.

La “cuestión de nombres”, anunciada en *Poetes, moriscos i capel·lans* para la denominación de la lengua común de todos los pueblos catalanes, constituye un problema fundamental que afecta a más áreas de la realidad nacional. Así, el problema de la nomenclatura del espacio nacional catalán, en su más amplia acepción histórico-lingüística, es uno de los asuntos que más (pre)ocupa a Fuster a lo largo de los años. Como en prácticamente todos sus ensayos, en “Qüestió de noms” Fuster invita a investigar una serie de factores que él se limita a señalar como posibles objetos de estudio y reflexión. De salida, la “cuestión de nombres” sólo se plantea en las Islas Baleares y Valencia, dos entidades catalanas autónomas en lo político e institucional desde su misma fundación medieval, en el siglo XIII. La conquista y repoblación de ambos territorios por los cristianos catalanes del Principado (Cataluña) otorga “unidad étnico-lingüística” al conjunto. En Valencia, la repoblación la llevan a cabo aragoneses y catalanes, pero estos últimos determinan el carácter de los nuevos territorios conquistados: mantienen un flujo constante de emigración hacia ellos, establecen fronteras políticas que no interrumpen la continuidad de la “catalanidad”, se mantienen separados de los aragoneses aun geográficamente y los superan en todos los ámbitos –demografía, política, economía, cultura–. A la postre, toda la sociedad tendría conciencia de su identidad de “lengua y stirpe”, como la tendría la comunidad internacional de la época.

Aunque están por determinar la duración y condiciones de unanimidad en el uso del gentilicio “catalán”, la división político-administrativa de origen da lugar a la aparición de gentilicios privativos que progresivamente entran en competencia con el general, paulatinamente anfibológico al poder determinar tanto al conjunto como a una de sus partes (el Principado). Aparecen, así, los primeros síntomas de particularismo regional; la conciencia de unidad de los catalanoparlantes no llega a interrumpirse, pero se ve comprometida por la ausencia de una instancia superior en nomenclatura capaz de mantener unidas las tres ramas regionales. Fuster no escapa a la tentación de imaginar la “Cataluña que pudo ser”: un nombre superador, que no fuera ni “catalán” ni “Cataluña”, podría haber detenido la dispersión, pero siglos atrás su inexistencia no constituía un problema, ni una necesidad, ni existía sospecha de las consecuencias que podía acarrear (Fuster 1985b: 17). La incorporación a la Monarquía his-

pánica lleva a que los catalanes de diferente latitud sean tenidos por diferentes entre sí; por añadidura, el prestigio de la Monarquía diluye la identidad colectiva estricta y se inicia la *Decadència*: los catalanes se distancian unos de otros y el vínculo más íntimo de unión nacional padece el proceso de “secesionismo idiomático” referido en *Poetes, moriscos i capel·lans*. De la noción de ser “un único pueblo” se pasa a la de ser “pueblos hermanos” y se presta atención a la diferenciación lingüística y a la determinación de un origen común y parentesco, el “lemosín”.

La *Renaixença* decimonónica, como su nombre indica, pone fin a la *Decadència*: se vuelve a un uso culto de la lengua autóctona en todas las regiones de lengua catalana, se supera la deriva dialectal y se recupera la noción unitaria de los inicios históricos, tanto en lo idiomático como en lo cultural, más vagamente en lo político. Sin embargo, la “cuestión de nombres” continúa vigente y exige resolverse mediante una denominación única: se vuelve a hablar de “lengua y literatura catalanas” pero no hay un gentilicio que abarque a toda la comunidad de lengua y refleje a un tiempo las evidentes diferencias regionales. El particularismo regionalista es una actitud común a todos los pueblos catalanes: el Principado reconoce lo común de lengua y literatura, pero se reserva en exclusiva el apelativo “catalán” cuando se trata de historia, en cualquiera de sus vertientes; por su parte, los “otros catalanes” reconocen su unidad, pero se resisten a dicho apelativo, sobre todo en Valencia. El resultado es un cúmulo de propuestas tan peregrinas y ahistóricas como el ya descartado idioma-nodriza “lemosín”.

A principios del siglo XX, con el particularismo lingüístico en franco retroceso, hace su aparición la corriente pancatalanista en las Islas Baleares y Valencia, también detectable en el Principado, y surgen propuestas como “Gran Cataluña” o “Cataluña Grande”, dejando “Cataluña” para uso exclusivo del Principado. Pese a todo, la “cuestión de nombres” no halla solución, que en el presente es imperiosa, por lo que Fuster propone: “Cataluña” para toda la comunidad de lengua y “Principado” para la Cataluña estricta; los otros pueblos catalanes son las “Islas” y el “País Valenciano”; para el conjunto nacional, “Países Catalanes”, capaz de definir la unidad reflejando a un tiempo su pluralidad intrínseca. Consciente de que la repetición y el nombre “hacen la cosa”, Fuster sugiere una estrategia de “ingeniería nacional” para implantar el gentilicio:

Al fin y al cabo, en todo este problema del restablecimiento de una terminología colectiva apropiada, la victoria sobre los anacrónicos prejuicios particularistas debe ser ganada a fuerza de reiterar las fórmulas escogidas y procedentes, y a fuerza de acostumbrarnos y acostumbrar a los demás a utilizarlas de una manera metódica. No podemos engañarnos: se trata de una cuestión de rutinas. Contra la rutina creada en los tiempos de nuestra disgregación como pueblo, tenemos que crear otra que resuma nuestra voluntad de reintegración (1985a: 26).

El intelectual es consciente de que las tendencias centrífugas son numerosas, de ahí la necesidad de mecanismos que mantengan y refuerzan el sentido integrador. A lo que se ve incapaz de dar respuesta es a la cuestión ineludible del gentilicio común: “catalán” el del Principado, ¿“catalanes” los demás? Su personal aspiración es que un día sea así: ello presupone un nuevo paso de “ingeniería nacional”, pues las actuales regiones deberían diluirse y dejar paso a otras formas de organización territorial, como la comarca.

Nosaltres, els valencians es un ensayo que arranca con una lectura sobre el origen histórico de la sociedad valenciana cuyo precedente se halla en “Qüestió de noms” (1985a: 13-29): el momento fundacional es su conquista y repoblación, principios del siglo XIII, por cristianos catalanes; nada anterior o posterior puede alterar la identidad nacional que así cristaliza:

Ni la sostenida intrusión castellano-aragonesa, ni el hibridismo étnico han podido desfigurar esta primera autenticidad. Querer ignorarlo, o deformarlo con argumentos capciosos, equivaldría a interceptar el camino de una comprensión sincera del “caso valenciano”. Uno de los más lúgubres errores de los políticos indígenas del XIX y del XX ha sido, justamente, haber desconocido la gravedad de este punto (2001: 42).

Sin embargo, y como ya se viera en los ensayos precedentes, el valenciano de estirpe y lengua catalanas coexiste con una minoría valenciana alógena, y este dualismo asimétrico se extiende a todas las esferas de la realidad e hipoteca su historia. Ante los problemas sociales de la era moderna, la élite dirigente valenciana reacciona buscando amparo en el Estado español y se inicia la *Decadència* o proceso de castellanización

sociocultural, mientras España –unitaria, centralista, asimilista, homogeneizadora– se apoya en el valenciano no catalán para erradicar todo foco de potencial contestación a su autoridad. Para colmo de males, una afectación nominalista afecta al gentilicio común de todos los catalanes, quebranta su conciencia de unidad por encima de las indudables diferencias, e inicia un proceso de fragmentación en cadena, cuando las aspiraciones particularistas se desbordan al nombre de su lengua común. La *Renaixença* –renacimiento cultural decimonónico– rompe en Valencia la hegemonía multiseccular del castellano, mas no logra filtrarse en la sociedad ni invertir la tendencia. En el presente, la única opción capaz de salvar a los valencianos de su disolución sociocultural y nacional es la lengua catalana, primer eslabón del proceso conducente a la (re)integración en la comunidad de los “Países Catalanes”.

A la altura de 1962, la economía y la sociedad valencianas son, a su parecer, subdesarrolladas, de base agraria y artesanal y totalmente ajenas a la civilización industrial. Por añadidura, no hay élite capaz de hacerla trascender su condición periférica, su histórica “adhesión sucursalista” a España y a cierto españolismo. Este último es compatible con la tendencia a la insurgencia anticeutralista, pero causa disfunciones de comportamiento: complejo de inferioridad frente al Estado, fobia al particularismo provincial y a Cataluña, exagera el amor propio local, con un notable sesgo de clase que afecta a las clases dirigentes valencianas:

los castellanizados de Valencia son, precisamente, los defensores más entusiastas del *idioma valenciano*, de la *literatura valenciana*, de las *glorias valencianas*, cuando encuentran a alguien que los califica de “catalanes”, cosa que ellos consideran una usurpación. Son también ellos los que saltan con la más ardiente impetuosidad cuando un castellano denigra el *dialecto* o alguna otra manifestación *levantina* (2001: 251).

La reflexión sobre el valencianismo histórico se impone a fin de determinar sus errores y aciertos y, sobre todo, de extraer consecuencias para el futuro: hay toda una herencia que puede y debe ser continuada tras sanearla. El diagnóstico de Fuster es que en el presente las condiciones socioeconómicas son propicias a un despertar nacional, pero Valencia carece de política propia y de políticos valencianistas.

La cuarta obra de 1962 es una guía turística escrita en castellano, *El País Valenciano*, en que Fuster combina la descripción característica del género con la interpretación de corte ensayístico sobre toda una serie de cuestiones que reiteran las tesis de *Nosaltres, els valencians*: “lo que es de mi incumbencia comienza, justamente, donde y cuando acaba la información del geógrafo”. (Fuster 1971: 26). En consecuencia, *El País Valenciano* retoma el análisis de la estructura socioeconómica valenciana preterita y actual, y de la historia, para revisar las teorías sobre el origen de los valencianos y plantear la importancia fundamental de la Edad Media:

aunque resulte increíble, la verdad es que, para nosotros, tiene una enorme importancia saber, o decidir, si descendemos de la Reconquista o si, por el contrario, contamos con una procedencia más antigua. De una cosa o de la otra dependería el imperativo de mantener o aflojar ciertos vínculos con lo que la Reconquista significa –sin circunloquios: nuestra catalanidad (Fuster 1971: 28)⁸.

A partir de aquí, Fuster procede a una síntesis de la interpretación histórica elaborada en *Nosaltres, els valencians*, cuyos postulados irán salpicando el recorrido que realiza la guía turística por las tierras, gentes, usos y costumbres de Valencia, poniendo en cuestión, de forma irónica, los tópicos relacionados con el folclore local y su capacidad de definición del carácter particular valenciano. Necesariamente salen a colación la “cuestión de nombres” que afecta al ámbito estricto del País Valenciano, la que afecta a la denominación de la lengua privativa, la concepción de dicha lengua como máximo elemento de cohesión social y definidor del

8 En 1965 Fuster vuelve sobre la consideración del siglo XIII como origen de los valencianos como pueblo –como pueblo catalán– y sobre la refutación tajante de las tesis que bucean más allá de dicha centuria en sus interpretaciones de la historia: el siglo XIII “no es una época demasiado remota, en efecto. La lengua, las ideas y las creencias de Alighieri, más o menos alteradas, han perdurado hasta nosotros, y todavía somos parásitos de algunas rutinas intelectuales que él polarizara con singular energía. La Baja Edad Media sí que forma parte de nuestro «pasado»: no Roma, ni Grecia. [...] El mosaico de pueblos que constituyen la Europa actual –un tanto devastado por las maquinarias estatales– empieza a perfilarse entonces; todo lo precedente es mera especulación de arqueólogos o conjetura mitológica” (cit. en Carbó 2005: 183-184).

carácter cultural valenciano, la identidad históricamente catalana del País Valenciano por lengua y cultura, etc.

Un aspecto destacable de esta guía turística es que Fuster no duda en apelar, para respaldar sus propias tesis, a las teorías interpretativas de la historia de América Castro, uno de los máximos representantes de la tradición cultural liberal que arranca con la Generación del 98 y prolongan José Ortega y Gasset y sus discípulos, la cual enarbola la bandera del nacionalismo español castellanista.

En este punto hay que matizar algunos aspectos relacionados con la importancia y proyección de este ensayismo de Fuster. Para algunos especialistas, *Nosaltres, els valencians* es la obra capital de la reflexión nacional de Fuster –no su culminación– y constituye un tópico afirmar, como hacen Pérez Montaner (1982: 10) o Ballester (1995: 52) que “hay un antes y un después” en la historia del nacionalismo político y cultural de Valencia, marcado por la publicación de dicho ensayo. Sin embargo, la influencia de *Nosaltres, el valencians* sólo será especialmente notoria en los medios universitarios y culturales valencianos, fuera de los cuales su penetración es escasa: no provoca reacción alguna y acaba convirtiéndose en un libro más comentado que leído, pese a tratarse de un éxito de ventas y de crítica –en los términos de la época– que permite a Edicions 62 transformarse en una de las editoriales más importantes en lengua catalana (Alberola 1994: 61). En palabras de Fuster:

Yo esperaba que el *Nosaltres* diera que hablar, pero no fue así. Nadie abrió la boca. Yo intentaba despertar dudas, al menos en el sector culto del pueblo valenciano, para que se plantearan los problemas, tanto históricos como actuales, que había que cuestionarse. Pero parece que no interesó a nadie. Y, a mí, me habría gustado, sí (Mollà 1992: 84)⁹.

En cambio *El País Valenciano* sí que suscita una agria polémica de considerable trascendencia en torno a la persona y obra de Fuster, y ello parece responder a dos motivos: primero, como puede leerse en el prólogo a la segunda edición de *Nosaltres, els valencians* (1964), *El País Valenciano* es un libro que goza de amplia difusión; segundo, la guía gen-

9 En el mismo sentido Fuster 1995a: 104-109.

era un debate en la prensa de intensidad creciente entre Fuster y los representantes de la cultura oficial que aumenta su resonancia (Mollà 1992: 84, 87-88). Por añadidura, se hace cada vez más notoria la condición de intelectual disidente y comprometido de Fuster: en 1962 es el único valenciano que suscribe una carta colectiva de escritores y artistas catalanes dirigida al entonces ministro de Información y Turismo –y principal responsable de la censura– Manuel Fraga Iribarne, para pedir un régimen de libertades democráticas y nacionales y para solidarizarse con los huelguistas de diversos focos españoles, sobre todo de Asturias, que cuestionan directamente el régimen político imperante en España en vísperas de la celebración de lo que éste denomina “25 años de paz”. Simultáneamente Fuster entra en contacto con estudiantes de la Universidad de Valencia orientados hacia el nacionalismo pancatalanista y empieza a ejercer sobre ellos una notable influencia ideológica (Pérez Moragón 1994: 18-19, 53).

Al reiterar las tesis de *Nosaltres, els valencians* que ponen en tela de juicio todos los tópicos entorno a la personalidad valenciana, cargados de folclore, *El País Valenciano* agita el panorama de la cultura valenciana y sólo a partir de entonces logra *Nosaltres, els valencians* convertirse en una obra emblemática (Fuster 1995a: 104-109; Fuster 2003: 380; Mollà 1992: 22, 84, 87-91) que traza una línea clara entre dos actitudes respecto a la realidad valenciana y constituye, para Fuster, una respuesta válida a dos preguntas básicas:

puso en evidencia que entre los valencianos había los que afirmaban que ya estábamos bien como estábamos, que vivían en el mejor de los mundos posibles y que la claudicación nacional y la dimisión lingüística eran ideales deseables, y que había los que rechazaban la vergüenza de una triste alienación nacional, los que creían que el valenciano podía ser un pueblo sano y coherente que deseaban para su país una plenitud nueva. Treinta años después [en 1992], *Nosaltres, els valencians* todavía tiene validez para responder a las dos preguntas que se hacen los valencianos –y los otros catalanes–: ¿qué son? ¿y qué tendrían que ser los valencianos? (Fuster 2003: 380)¹⁰.

10 Fuster nunca se desdice de la esencia de *Nosaltres*: “Yo, si tuviese que elegir, no es el libro que elegiría ahora, entre otras cosas porque soy incapaz de releerlo... Pero el esquema básico, los fundamentos, la formulación general y en todo lo que me acuerdo del libro, lo continué manteniendo totalmente” (Mollà 1992: 22).

Este cisma social se pone de manifiesto rápidamente. Para unos, *Nosaltres, els valencians* alcanza la categoría de manual del ideario básico del valencianismo pancatalanista de la segunda mitad del siglo XX y se convierte en un punto de referencia obligado para el nacionalismo pancatalanista en conjunto (Cahner 1993: 252; Muñoz 2002: 133). Pero sus detractores, los dirigentes políticos y sociales de Valencia pasan a abrazar una corriente de valencianismo anticatalanista y Fuster se convierte en “un mercenario a sueldo del oro catalán” (Soler 1993: 257; Ballester 1995: 52; Ballester 2002: 15-16; Muñoz 2002: 143). Luego se lanza una potente campaña de desprestigio contra él: primero, se lo quema en efígie en las fallas valencianas de 1963; a continuación, se le bloquea el acceso a los medios de comunicación locales.

Empero su prestigio como ensayista continúa consolidándose y sus escritos gozan ya de una considerable dimensión pública: los títulos más representativos de su obra humanista gozan de una importante acogida y el *Diari 1952-60* lo alza a la categoría del ensayista catalán contemporáneo más destacado. Entre tanto publica en la prensa de Barcelona (*Tele/ eXprés, La Vanguardia, El Correo Catalán*) y Madrid (*Informaciones, ABC*), y su presencia se multiplica en edición de libros, orientación de trabajos de investigación, asistencia a certámenes literarios en calidad de jurado o ponente, y animación de plataformas culturales¹¹.

3. Entre la reflexión nacional y la erudición

A partir del año clave de 1962, Fuster desarrolla las ideas del ensayismo estudiado hasta ahora en múltiples escritos que van a gozar también de un impacto en los medios intelectuales catalanes, sobre todo los que

11 *El Correo Catalán* es uno de los periódicos con mayor eco social en la época por su crítica contra la dictadura y su actitud catalanista (Alberola 1994: 121). Por otra parte, Fuster mantiene reservas frente a la corriente mayoritaria del catalanismo del Principado, por su íntima relación con la Iglesia local (Muñoz 2002: 124). Por último, consecuencia inmediata del impacto producido por el ensayismo de reflexión nacional de Fuster es, por ejemplo, la publicación en Barcelona del libro *Alacant apart* (1966), de José Vicente Mateo, prologado por Fuster, sobre la profunda castellanización de Alicante.

se ocupan de cuestiones literarias y lingüísticas: el debate político sobre la propuesta de los “Países Catalanes” no va a poder desarrollarse hasta después de la muerte del general Franco, sobre todo a partir de 1976 (Colomer 1984: 224, 226-232).

Uno de los primeros libros destacados de reflexión nacional en esta fase es la recopilación de 1967 *Combustible per a falles*, resultado de la traducción al catalán de una serie de artículos originalmente publicados en castellano. Desde el título, Fuster remite a la ceremonia celebrada el 9 de marzo de 1963 en que se lo quema en efigie como “ninot” en las fallas valencianas como represalia, a medio camino entre lo oficial y oficioso, por parte de sus adversarios ideológicos a raíz de la publicación de *El País Valenciano*. El “auto de fe” fallero, como él mismo lo denomina (1967: 13, 79), es el castigo que se le impone por “delitos de lesa *patria chica*”: “parece que, en los últimos tiempos, he proferido opiniones inconvenientes a propósito de temas tan patrióticamente sagrados como la gastronomía vernácula, el folclore autóctono y la técnica oratoria de san Vicent Ferrer” (Fuster 1967: 80). La denuncia le sirve, de hecho, para reunir una serie de escritos una vez más encaminados al esfuerzo de definición de Valencia y lo valenciano y de planteamiento y propuestas de resolución de la “cuestión de nombres”. En un tono moderado, Fuster mantiene su análisis revisionista de los tópicos de origen y talante folclórico –como las fallas de la ciudad capital– que pretenden pasar por manifestaciones emblemáticas de la identidad de la totalidad del País Valenciano, como parte de una maniobra de determinados sectores sociales para la desarticulación de la conciencia colectiva tanto regional como nacional.

En 1971 vuelve a denunciar el episodio fallero en el prólogo a la edición en catalán de *El País Valenciano* (1971: 12-14), pero ni éste ni *Combustible per a falles* pretenden remover el conflicto del pasado, sino que se hacen eco de la persistencia de la hostilidad de que es objeto por los detractores de sus tesis. Ocasionalmente, esta hostilidad se refleja también en la acción de la censura franquista, como sucede en 1963 con la serie de tres artículos “D’una ‘agenda publica’”, que finalmente ve la luz en 1967 en las páginas de la publicación del exilio mexicano *Revista de Catalunya*¹². Por

12 Aparecerán recopilados en *Papers d’ exili* (1995): “Tema d’història” (25-31), “Misèria del liberalisme” (31-35) y “Tradició d’autoritat” (35-36).

otra parte, también es cierto que esta serie se muestra particularmente explícita en sus críticas y va más lejos que en ocasiones anteriores. Una vez más, Fuster arremete contra la tradición cultural liberal en bloque porque su nacionalismo españolista-castellanista la hace incapaz de comprender tanto la multiplicación de tendencias centrífugas que tiene lugar durante la “Guerra de los Tres Años” –siguiendo la terminología de Vicens Vives para el conflicto bélico de 1936-1939– como la naturaleza esencialmente antiparticularista de las dos dictaduras del siglo XX español.

La parte más delicada es la que Fuster dedica a la ampliación del contenido de “ellos”: la tradición cultural liberal coincide con la tradición autoritaria en su concepción del Estado como unitario y, en última instancia, se hace cómplice de cualquier acción para su preservación frente a cualquier tentación de disgregarlo, incluido el recurso a la fuerza. Aunque la crítica a la tradición liberal se centra de forma particularmente agresiva con Salvador de Madariaga, que constituiría para Fuster el ejemplar por antonomasia de esta coincidencia de fondo entre liberalismo y ultraderecha, no deja indemne a ninguno de sus representantes.

A pesar de todo, Fuster logra publicar en España algunas de sus intervenciones más importantes sobre cuestiones “internas”. Cabe destacar “Un país sense política” que, publicado en la revista *Serra d’Or* en 1968, recupera la reflexión de *Nosaltres, els valencians* sobre la ausencia de política y políticos valencianos tanto en el pasado como en el presente. Los existentes son escasos en número e importancia y tampoco han obrado nunca con propósitos vinculados de manera específica a la realidad valenciana, con la excepción del escritor y político Vicente Blasco Ibáñez, aún insuficientemente estudiado. Tras una reflexión sobre la naturaleza de la política y sobre la trayectoria histórica del blasquismo en el contexto de la Restauración, a partir de 1875, Fuster concluye, como en *Nosaltres, els valencians*, que en el pasado resultaba imposible hacer política nacional: la preeminencia de la política española o de Estado conduce a una actitud provinciana de la periferia en que los políticos no operan como valencianos, sino como españoles; por añadidura, desde la Restauración hasta la Segunda República el valencianismo no logra convertirse en premisa común de todos los partidos políticos, a diferencia de la evolución experimentada en el Principado. Semejante herencia no invita al optimismo,

pese a lo cual el artículo que complementa esta reflexión –“Sobre un pesimismo”, también en *Serra d’Or* (1968)–, no deja de insistir en la necesidad de reflexionar en torno a las posibilidades de futuro teniendo en cuenta las lecciones del pasado.

Otra intervención destacada del mismo año 1968 es “Hi ha més catalans encara”, una extensa reflexión sin aparato de notas a pie de página y con invitaciones explícitas a profundizar y ampliar sus contenidos. La pieza retoma la “cuestión de nombres”, centrándola en el momento en que el gentilicio “catalán” se convierte en uso exclusivo del Principado, con el peligro de un consiguiente olvido de que “hay más catalanes aún”. Una vez más, Fuster realiza un recorrido histórico para determinar las causas del fenómeno, en exactamente los mismos términos que en “Qüestió de noms” y *Nosaltres, els valencians*, aunque ofrece algunas novedades. En primer lugar, la acepción de “Países Catalanes” se completa con la referencia a otros dos ámbitos: Andorra y Rosellón o “Cataluña Norte”. En segundo lugar, aporta un análisis del proceso mediante el cual comienza a configurarse una imagen de identidad catalana en torno al macizo geográfico de los Pirineos. Fuster rechaza este “mito pirenaico” catalán por su falta de correspondencia con la realidad histórica: en el siglo XIII el Principado realiza un viraje en su expansionismo territorial que lo hace renunciar a sus aspiraciones ultramontanas hacia Francia y lo conduce hacia el sur de la Península ibérica y las islas del Mediterráneo. Pese a todo, el mito se mantiene vigente hasta el presente –por ejemplo a través de la poesía de Joan Maragall– y genera un “olvido” o “ignorancia” del Mediodía catalán, de “las otras Cataluñas”. Fuster vuelve a dar la voz de alarma y a llamar la atención sobre el único proyecto viable de (re)unificación catalana, el que tenga en cuenta las nuevas “Cataluñas” nacidas, tras la renuncia forzada al reino pirenaico, de la repoblación de Valencia y de las Baleares.

A continuación Fuster resume las tesis de *Nosaltres, els valencians* y “Qüestió de noms” sobre el proceso de “catalanización” de los nuevos territorios valenciano y balear, el proceso subsiguiente de disgregación nacional derivado de cuestiones político-administrativas, jurídicas y también intelectuales –la “cuestión de nombres”– para concluir que el “proyecto histórico unitario” catalán contiene en su origen el germen de su disgregación: “la historia es como es, y no vale la pena pararnos

con elegías o imprecaciones. Jaume I preparó nuestra «unidad», y acto seguido la desbarató” (Fuster 1995a: 173). De ahí pasa al proceso de “disidencia idiomática” que genera una “cuestión de nombres” en torno a la lengua, retoma el tema de la *Decadència* y agrega también matices a lo que la incorporación a la Monarquía hispánica implica desde el punto de vista territorial: las “amputaciones” de Rosellón en el siglo XVII y de Alguero y Menorca en el XVIII. Con la dinastía de Borbón y el carácter que ésta imprime al Estado español, la dispersión de los “Países Catalanes”, iniciada en el siglo XVI, parece irreversible en el XIX, y la *Renaixença*, a pesar de sus esfuerzos, no logra devolver la normalidad a causa de sus propias deficiencias. La “cuestión de nombres” mantiene, pues, su vigor y vigencia, aunque haya una voluntad de superarla para recuperar la unidad en la pluralidad. La actitud del Estado central no ha variado y alimenta maniobras disgregadoras de la realidad valenciana que afectan a la totalidad nacional catalana, y a esto se suma la persistencia de los recelos de las “Cataluñas periféricas”, temerosas de un “centralismo” barcelonés-catalán capaz de diluir la personalidad regional. Como anunciara en 1962, el gran proyecto nacional propuesto por Fuster comienza con la disolución de dichos recelos para evitar el deterioro nacional: “llamarnos valencianos es nuestra manera de llamarnos catalanes”, la “cuestión de nombres” es accidental y subordinada y “las Cataluñas diversas y reunidas constituyen un proyecto, una esperanza, una realidad: un poco de todo” (Fuster 1995a: 183).

Junto con estas reflexiones de orden interno, Fuster continúa perfilando su concepto general de la nación y la génesis histórica del “Estado nacional”. Algunas de las aportaciones que mayor luz arrojan sobre su punto de vista se recogen en *Examen de consciència*, de 1968: la consideración de partida es que la nación es un fenómeno exclusivamente europeo por razones de proceso histórico de larga duración. Dicho proceso lleva a que la nación no coincida con el Estado: en el Renacimiento, unas naciones se incorporan otras naciones más débiles y/o pequeñas a las que reducen a la categoría de provincias, regiones o colonias. Los estados surgidos a principios de la Edad Moderna engloban, pues, con arbitrariedad, pueblos diferentes entre sí, y esta arbitrariedad se acentúa con la emergencia del Estado liberal que, por su naturaleza jacobina, oprime

las realidades nacionales preexistentes y anula su derecho a recibir una educación en la propia cultura y lengua. Por tanto, la “Europa real” no es la de los actuales estados nacionales, y mientras subsista la arbitrariedad, estará en desacuerdo con su verdad histórica, cultural y social (Fuster 1968a: 145-149). La Europa a la que aspira Fuster es la que anunciara en una entrevista de 1967: no la del Mercado Común, sino “otro tipo de Europa, en la cual participaran los pueblos, más que los estados, en que cada pueblo tuviera su voz, algo que decir, la absoluta libertad, su pleno desarrollo” (Fuster 2003: 90)¹³. Por descontado, estas apreciaciones son de directa aplicación al Estado español, que coloca a Valencia en una posición subordinada de acuerdo con el esquema expuesto.

Toda esta labor de ensayismo de reflexión nacional corre paralela a nuevos estudios eruditos que, paulatinamente matizados y ampliados a períodos más recientes de las letras y la lengua catalanas, continúan complementando el panorama general de la cultura catalana en su conjunto. En este sentido *Heretgies, revoltes i sermons*, de 1968, por ejemplo, vuelve sobre los mecanismos de la castellanización de Valencia en la Edad Moderna para rechazar la idea de un bilingüismo constitucional de la región y esta vez con la atención fija en los vehículos destinados a que las clases populares, más refractarias al fenómeno, se familiaricen con la lengua ajena del Estado. Las tres formas más importantes de infiltración constante del castellano habrían sido la predicación, el teatro popular y una corriente incesante de inmigración de castellanoparlantes –derivada, en parte, de la expulsión de los moriscos– que tardan en ser asimilados y, en consecuencia, inciden tanto en la dialectalización de la lengua privativa como en el acostumbrarse a su presencia cotidiana (1968b: 161-177).

Al avanzar sobre el presente, Fuster va a realizar también una revisión crítica de los tópicos de la interpretación catalanista de la historia y a matizar las responsabilidades en torno a la *Decadència*, cada vez más entendida en términos de la dimisión histórica de las clases dirigentes catalanas de su “misión nacional”, sobre todo en el Principado; por añadidura, se trata de una dimisión no circunscrita al pasado sino que se proyecta hasta el presente, como señala ya en *Examen de conscièn-*

13 En 1992 la realidad de la Unión Europea frustraría las esperanzas así expresadas por Fuster (2003: 423-424).

cia (1968a: 26-29, 36-45). Fuster también refuerza su consideración de la preeminencia, como hecho social, de la lengua sobre el cultivo de las letras, y presta especial atención al preocupante fenómeno de la inmigración constante de hablantes de castellano en el contexto de una dictadura, fenómeno que incide en la persistencia de la imposibilidad de cualquier forma de normalización cultural:

Una literatura “sin escritores” –con escritores mediatizados– se podrá recuperar en cuatro días; una literatura “sin lectores” se encuentra al borde del vacío. [...] Una lengua, para ser “leída”, ha de contar con escuelas, con prensa regular y todo lo demás. Sin tales recursos, abandonado únicamente al uso coloquial, el catalán se quedó, de la noche a la mañana, sin “público”. El que ya existía, procedente de la etapa anterior, hubo de sufrir las primeras consecuencias: la dispersión, perplejidad, la falta de “lectura”. El resultado fue que, de alguna manera, se desvanecía el hábito de leer en el propio idioma y, cosa aún más grave, se interrumpía la joven tradición de este hábito, y se oscurecía el futuro. Los reductos de fidelidad, a pesar de ser amplios, no conseguían serlo lo bastante para que las garantías de supervivencia fueran razonables. Este *handicap* determina el proceso íntegro de la actual literatura catalana como hecho social. Añadamos aún otro fenómeno, tan importante o más: la inmigración. Grandes masas castellanoparlantes se han asentado en los Países Catalanes, y particularmente en las áreas industrializadas, con Barcelona a la cabeza. Con esto, la “composición” lingüística de nuestra sociedad se complicaba y, de rebote, la situación de la literatura indígena se hacía más difícil, si no más precaria: al menos, a la larga (1977: 437-438)¹⁴.

Otro de los hilos conductores de los estudios eruditos de Fuster en el período lo constituye la cuestión de la identificación entre lengua de cultura y cultura nacional y la constatación de una paradoja: la lengua determina el ámbito de la nación, pero su cultura no se produce toda en la lengua nacional. En “Llengua y literatura” (1970) propone la superación de la paradoja denunciando la propensión a descartar como pro-

14 Más adelante, en 1975, Fuster matizará que el problema no radica en la abundancia de inmigrantes de lengua castellana, sino en la castellanización de la sociedad (2003: 182).

pia la cultura elaborada en lengua ajena, cuando “esta «cultura castellana» de que hablamos es «de aquí», y tiene también aquí una clientela, y traduce [...] mucha inquietud nuestra. Su condición «ex-céntrica» en la órbita cultural «castellana» le confiere un *status* singularmente curioso” (Fuster 1975: 326). Si no se parte, pues, del hecho de que la cultura catalana no es exclusiva e históricamente la elaborada en catalán, el conjunto resultará ininteligible: en la Edad Moderna se ha producido la *Decadència* y en el presente numerosos literatos catalanes continúan escribiendo buena parte de su obra en castellano, pero toda esta producción es inseparable del conjunto. Por tanto, se hacen precisos el establecimiento de un criterio matizado de distinciones y la creación de una terminología al caso: la “historia de la literatura catalana” sería aquélla en que la lengua marca la pauta; la “historia literaria de los Países Catalanes” sería aquélla que haría inteligibles episodios concretos, pasados y presentes, en el contexto global (Fuster 1975: 328-329).

Poco después, un estudio monográfico complementa la argumentación propuesta: “Memòria de Josep Martínez Ruiz” (1971) es una semblanza personal e intelectual del escritor valenciano, cuyo testimonio toma Fuster como ejemplo destacado del uso social y literario-cultural de las lenguas catalana y castellana: Azorín emplea el catalán para la vida familiar y cotidiana, oral, y el castellano para escribir su obra. De este estudio extrae Fuster conclusiones sobre las condiciones socioculturales en que se despliega el uso de las lenguas:

Desde finales del siglo XV, las letras castellanas se han nutrido de una abundante aportación alógena: de catalanes –incluidos valencianos y baleares–, de gallegos, de vascos, e incluso de portugueses. Estos escritores periféricos han callado, habitualmente, el “drama” idiomático que tuvieron que pasar. Azorín es una excepción y da testimonio del suyo. Bien mirado, es posible que toda la literatura de Azorín no sea, en el fondo, sino un esfuerzo por digerir aquel drama y sacarle un rendimiento estilístico (Fuster 1971: 411).

La realidad de una literatura escrita en lengua ajena, fundamentalmente castellana, como la de Azorín, debe obligar a plantear un interrogante cultural, tal como ha sugerido en “Llengua i literatura”, conducente a una reconsideración a fondo de los parámetros convencionales,

de orden lingüístico, con los que se determinan las lindes de la literatura catalana, a fin de atender y comprender también aquellas parcelas de la cultura que escapan a la lengua privativa, pero sin las cuales aquélla resultará, como una historiografía estrecha de los “Países Catalanes”, ininteligible en su conjunto:

no podemos “concebir” la cultura catalana sobre la base exclusiva o exclusivista del idioma. Nuestra cultura, por azares de la historia, ha sido y aún es plurilingüe. Hemos repartido la producción autóctona con otras lenguas: el latín, el provenzal, el castellano, el francés, el italiano... como mínimo. Y no solamente tenemos derecho y obligación de reclamar para nosotros lo que los nuestros han escrito con palabras ajenas, sino que el trabajo sostenido en el lenguaje genuino sería históricamente ininteligible si lo sacáramos del contexto políglota en que ha surgido (Fuster 1971: 413).

En última instancia, junto a la responsabilidad social del intelectual tiene que haber una responsabilidad cultural de la sociedad: “Si cada catalán que habla mal de tal novelista o de tal periodista que a veces escribe en castellano, comprase un solo libro en catalán, la mayoría de nuestros semitránsfugas –no me refiero a los que lo son por vocación– no tendrían necesidad de serlo” (Fuster 1975: 317).

4. Conclusiones

En los años setenta, la crucial coyuntura española lleva a Joan Fuster a “medir su responsabilidad de escritor” a través de una notable producción de ensayos “de urgencia” en los que va a manifestar un compromiso neto con la democratización de la sociedad a la que considera pertenecer y con la defensa de la identidad nacional, histórica y presente, de dicha sociedad. En el proceso, Fuster será víctima de dos atentados criminales de los que saldrá indemne¹⁵, y no se dejará intimidar, como pone de manifiesto la

15 En junio de 1971 hace explosión un artefacto en la editorial Tres i Quatre, que había publicado parte de la obra de Fuster; en 1978 y 1981 se producen sendos atentados con bombas contra el domicilio de Fuster, que han quedado impunes (Muñoz 2002: 162).

constante publicación de escritos que mantienen la temática nacional y nacionalista, el tono crítico y mordaz, y el carácter de urgencia, si bien con un desencanto creciente, como creciente es su aperturismo a actores sociales no catalanes pero susceptibles de convertirse en aliados del proyecto pancatalanista (Fuster 1981: 51, 58). En 1982, sin embargo, sus esfuerzos y esperanzas naufragan cuando el Estatuto de Autonomía derivado de la nueva constitución democrática de España consagra la denominación “Comunidad Valenciana” y oficializa la designación de “valenciano” para la lengua local, a resultas de lo que Fuster percibe como un pacto entre los grandes partidos políticos de ámbito estatal y los representantes locales del valencianismo anticatalanista (Mollà 1992: 88).

En otro orden de cosas, no obstante, la gran ambición concreta de Fuster que lo llevara a ensayar sin tregua sobre la nación era que “no quiero morir sin haber dejado en funcionamiento y en forma en el País Valenciano, unos cuantos equipos de intelectuales y de no intelectuales capaces de remover –o al menos de intentarlo– esta sociedad en perpetua somnolencia digestiva” (cit. en Serna 2004: 69). De lo que no cabe duda es que Fuster logra remover a su sociedad e incluso logra generar firmes seguidores de su labor; además, su obra crea escuela, porque marca a más de una generación de autores valencianos, muchos de los cuales adoptan el molde expresivo del ensayo y también muchas de sus ideas, entre las que destaca la de la primacía del método de pensamiento sobre la obtención de unos resultados indiscutibles (Salvador 1994: 23, 29-30; Pérez Moragón 1994: 10, 13-4, 26).

En la actualidad, el pulso entre los nacionalismos catalán y español, en un contexto de honda crisis general –social, económica, política, institucional–, parece otorgar nueva actualidad al discurso de Fuster y subrayar la necesidad de dar un marco amplio para la comprensión de las lenguas, culturas e identidades del mundo hispánico. Otro tanto indicaría la actualidad de Valencia, en la que todo cuanto denunciara y analizara Fuster parece dar muestras de no haber perdido ni ápice de su vigencia¹⁶.

16 Véase, en este sentido, el artículo de Laura L. David, “El anticatalanismo, en estado crítico”.

BIBLIOGRAFÍA

- Alberola, M., y V. Martí. *Fuster sabàtic*. Altea: Aigua de Mar, 1994. Impreso.
- Andrés-Gallego, J. "El problema (y la posibilidad) de entender la historia de España." J. Andrés-Gallego (coord.). *Historia de la historiografía española* Madrid: Encuentro, 297-338. Impreso.
- Ballester, Josep. "Estudio introductorio." *Joan Fuster. Indagacions i astúcies: Antologia de textos assagístics*. Barcelona: Edicions 62, 1995. 7-58. Impreso.
- Ballester, Josep, y Antoni Furió. *Joan Fuster 1922-1992: 10 després. Breu antologia i bibliografia sobre l'autor valencià*. Barcelona: Institució de les Lletres Catalanes, 2002. Impreso.
- Blay i Meseguer, Francesc-X., et al. *Joan Fuster des de Sueca. Setanta anys de vida i obra*. Valencia: Nau Llibres, 1998. Impreso.
- Cahner, M. "La gènesi de *Nosaltres, els valencians*." *Fuster entre nosaltres*. València: Conselleria de Cultura-Generalitat Valenciana, 1993. 247-253. Impreso.
- Carbó, Ferran (ed.). *Joan Fuster, vicis de la lectura*. Valencia: Universitat de València, 2005. Impreso.
- Colomer, Josep M. *Espanyolisme i catalanisme. La idea de nació en el pensament polític català (1939-1979)*. Barcelona: L'Avenç, 1984. Impreso.
- David, Laura L. "El anticatalanismo, en estado crítico". *Diario Público* (30-02-2016): s. p. Web: 30-02-2016.
- Fuster, Joan. *Combustible per a falles*. Valencia: Garbí, 1967. Impreso.
- Fuster, Joan. *Examen de consciència*. Barcelona: Edicions 62, 1968. Impreso.
- Fuster, Joan. *Heretgies, revoltes i sermons: tres assaigs d'història cultural*. Barcelona: Ed. Selecta, 1968. Impreso.
- Fuster, Joan. *Obres completes II: Diari 1952-60*. Barcelona: Edicions 62, 1969. Impreso.
- Fuster, Joan. *Obres completes III: Viatge pel País Valencià*. Barcelona: Edicions 62, 1971. Impreso.
- Fuster, Joan. *Obres completes IV: Assaigs, 1*. Barcelona: Edicions 62, 1975. Impreso.
- Fuster, Joan. *Obres completes V: Literatura i llegenda*. Barcelona: Edicions 62, 1977. Impreso.
- Fuster, Joan. *Ara o mai*. Valencia: Eliseu Climent, 1981. Impreso.

- Fuster, Joan. "Qüestió de noms." (1962). *Pamflets polítics*. Barcelona: Ed. Empúries, 1985. 13-29. Impreso.
- Fuster, Joan. *Pamflets polítics*. Barcelona: Empúries, 1985. Impreso.
- Fuster, Joan. *Punts de meditació (Dubtes de la "Transición")*. Valencia: Eli-seu Climent, 1985. Impreso.
- Fuster, Joan. *Obres completes VII: Llengua, literatura, història 2*. Barcelona: Edicions 62, 1994. Impreso.
- Fuster, Joan. *Un país sense política*. (1976). Alzira: Bromera, 1995. Impreso.
- Fuster, Joan. *Papers d'exili. Assaigs, polèmiques i recensions (1950-1967)*. Barcelona: Curial, 1995. Impreso.
- Fuster, Joan. *Nosaltres, els valencians*. (1962). Barcelona: Edicions 62, 2001. Impreso.
- Fuster, Joan, e I. Crespo. *De viva veu: entrevistes (1952-1992)*. Catarroja-Barcelona-Palma: Ed. Afers, 2003. Impreso.
- Mollà, T. *Joan Fuster: converses inacabades*. Valencia: Tàndem, 1992. Impreso.
- Muñoz Pujol, Josep Maria. *El falcó de Sueca*. Barcelona: Ecsa, 2002. Impreso.
- Pérez Montaner, Jaume. "Joan Fuster: l'home i la seva obra." *Joan Fuster en els seus millors escrits*, . Barcelona: Miquel Arimany, 1982. Impreso.
- Pérez Montaner, Jaume. Introducción y selección de textos. *Contra el nacionalisme espanyol*. De Joan Fuster. Barcelona: Curial, 1994. 5-19. Impreso.
- Pérez Moragón, Francesc. *Joan Fuster. El contemporani capital*. Alzira: Germania, 1994. Impreso.
- Rodríguez Milán, Roberto. "El sueño de la nación produce ensayos: el ensayismo de reflexión nacional de Joan Fuster". *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*, 7 (2011). Web: Otoño 2010.
- Rodríguez Milán, Roberto. "Joan Fuster y Julián Marías: dos intelectuales frente a la transición española a la democracia". *Acta Hispánica*, 20 (2015): 78-89. Impreso.
- Salvador, Vicent. *Fuster o l'estratègia del centaure. Per a una anàlisi del discurs fusterià*. Picanya: Edicions de Bullent, 1994. Impreso.
- Serna, Justo, y Encarnación García Monerris (eds.). *Joan Fuster. Nuevos ensayos civiles*. Madrid: Espasa-Calpe, 2004. Impreso.
- Soler i Marco, Vicent. "Per una altra lectura política de Fuster." *Fuster entre nosaltres*. Valencia: Conselleria de Cultura, Generalitat Valenciana, 1993. 255-258. Impreso.

Roberto Rodríguez Milán

**ESSAYS OF JOAN FUSTER
ON THE LANGUAGE, CULTURE AND IDENTITY
OF (ALL) THE CATALAN PEOPLE (1962-1975)**

Summary

During the Francoist dictatorship, the writer Joan Fuster devoted a substantial part of his large body of essays to reflections on the language, culture and historical identity of the Catalan people. His work proceeds in very different terms to those imposed by the political and ideological orthodoxy of the Spanish regime and is at the same time very critical of the historical record of Catalan nationalism. From the early 1960s, Fuster made it clear that essays can provide channels for the freedom of speech. He also made it clear that despite the Francoist regime and its goals, the Spanish Civil War and its outcome did not resolve the national identity issue, which shows itself as one of the great concerns of the period, and which is open to different interpretations. Today, the confrontation between Catalan and Spanish nationalism, in the context of a deep general crisis – social, economic, political, institutional – seems to make Fuster’s discourse highly topical and emphasize the need for a wide frame so as to understand the variety of languages, cultures and identities in the Spanish world.

Keywords: Joan Fuster, essays, linguistic identity, cultural identity, historical identity, national identity.